

malos si no hubiesen sido cobardes; habrían dicho que tenían ganas de despedazarlos, pero el temor les hacía envainar las uñas.

Solicitaron nuestra audiencia ciertos calaveras del terror; raza superficial que había ofrecido sus servicios á la muerte.

En cierta ocasión nos anunciaron un banquero, que sin fórmula ninguna oratoria nos manifestó pertenecer á *casas respetables*, y que si nos era posible comunicarle noticias telegráficas, mi excelencia podría aprovecharse del negocio sin causar el mas leve detrimento á los fondos públicos. Fijamos con asombro nuestra vista en aquel hombre y le suplicamos saliera cuanto antes por la puerta si no prefería salir por la ventana. El hombre no se movió de su puesto y siguió mirándonos tambien con asombro. Tiramos del cordón de la campanilla, y entonces el hombre se retiró con su tentador millon. ¡Qué ignorantes y estúpidos fuimos! ¿Habría nadie sabido el buen negocio que estábamos haciendo? ¿Dejaríamos hoy de ser menos considerados porque se hubiera sabido? En vez de tener que agarrarnos á la cola del diablo viviríamos en magníficos salones y daríamos espléndidas comidas; todavía nos llamarían *Monseñor* por cortesía, y pasaríamos por hombre de Estado.

La fortuna rechazada en esta ocasión volvió á la carga bajo la forma y en traje de mujer; era una jóven que no pudiendo conseguir de sus padres licencia para viajar nos suplicaba le diéramos un pasaporte por el ministerio sin que tuviera que intervenir la policía. También tenía que decirnos algo de particular acerca de nuestros *intereses*, si le concedíamos la gracia de oírlo, aunque desde luego convino ruborizándose que el paso que iba á dar podría parecernos extraordinario. Entonces echó á un lado el perfumado velo de su sombrero con una mano blanca, juvenil, ligera, despojada del guante y desembarazada de una rosa. Dímosle gracias por la confianza que intentaba dispensarnos, y añadimos, que como no teníamos *intereses* particulares, la dispensábamos del fastidio de nuestra curiosidad, y por último que tal vez no faltaría alguna persona de buena educación en la policía que le facilitaría el pasaporte, ó que sus mismos padres no llevarían la inhumanidad hasta el extremo de impedirle que fuera á dar un paseo por los Alpes. Dicho esto acompañamos con toda galantería á la tentadora fortuna hasta la puerta. No era en verdad ciega ni calva como suelen pintarla; no conservaba de los atributos con que la engalanan los poetas, mas que las alas que había conservado en sus ligeros pies *Dea mobilis*, tal cual la habíamos visto por los aires en Venecia. No estando todavía muy seguros de nuestra victoria, echamos el cerrojo á la puerta. San Bernardo dice que es preciso tener un saludable terror de esas vírgenes que llevan tesoros en un vaso de barro.

Después de esta viajera apareció un hombre al parecer corto de genio, dando vueltas al sombrero que llevaba en la mano y limpiándolo con el codo; sin embargo nada podía darse mas sereno que aquel hombre de recursos, de talento y de imaginación en materia de empréstitos. Ya lo habíamos visto en Verona. Nos explicó sus planes de una manera algo difusa; no eran claros, pero eran ingeniosos: si la luz no penetraba en todas sus cláusulas, las sombras que dominaban en algunos puntos estaban artísticamente colocadas y en caso dado podrían desaparecer como por encanto; por lo demás aquel cambiante de efectos y de monarquías, no dejaba de tener cierta elegancia. Según dice un adagio español, el que fue hermoso en su juventud guardó algo de su belleza para resistir á los ultrajes del tiempo. (*Quien tuvo, retuvo*, etc.) La desgracia de los años postreros se ceba con menos ahínco en quien retiene algo de la juventud.

Para librarse de ese enjambre de moscas que andan zumbando por donde quiera que cae una gota de oro,

no teníamos, como el almirante turco de M. Choseul-Gouffier un león domesticado que viniera á oler las manos de los que nos visitaban; pero teníamos un cierto negrito que se escurria entre sus piernas, los molestaba ó interrumpía sus discursos. Este negro nos había sido enviado de Egipto por nuestro huésped y amigo M. Drovetti. Era hijo de un príncipe y se llamaba *Morgan* (perla), nombre de ternura dado por su madre, que murió esclavo, huérfano privado de su trono de ébano. *Morgan* murió en el colegio de la Propaganda en Roma, donde lo pusimos con la esperanza de que algún día fuera arzobispo de Etiopía. Allí exhaló su postrer suspiro al despuntar de un día, en una aurora como la de su vida. Aquella *perla* de su madre fué á adornar á esta en el cielo. Aquel pequeño príncipe negro, así como el otro príncipe blanco, fueron por befa de la suerte encomendados á nuestra debilidad. Mejor habríamos estado con él bajo la sombra de una palmera en las fuentes del Nilo, que él con nosotros bajo los doseselos de S. M. Cristianísima en el ministerio de Negocios Extranjeros.

Abundaban las cartas que se nos dirigían, bastante amenazadoras, sobre todo antes y al principio de la guerra. En ellas se nos decía la verdad, y no eran muy á propósito para permitirnos seguir nuestros planes y nuestra correspondencia diplomática libremente.

«El ejército de la fe, se nos decía en una, causa horror en todas partes, no vamos acercárenos una sola persona conocida ó de distinción. La artillería se manifiesta indecisa en su totalidad. Después de la artillería estan los cazadores en la primera línea de operaciones.

«*Bien se conoce que os proponéis conquistar las orillas del Rhin*, pues no haceis caso de ningún parte.

«¿Cómo podeis poner os tan rojo de cólera, y eso porque M. de Villele (1) ha convertido en bolsa la casa de juego? ¿Sabeis que Dios os castigará por haberos enfadado?

«¿La realización de todos vuestros planes en España producirá la consecuencia de poner al frente de los negocios en Francia al abate La Mennais, á Franchet y á toda la clericala? La bandera blanca os causa todas las mañanas una pesadilla y no oculta ya sus esperanzas.

«Sabeis que todo se va poniendo de acuerdo, que los republicanos, así como los bonapartistas puros se han convenido en hacer un sacrificio político, y que todos convienen en lo tocante á M..... Gran servicio sería refundir todas las opiniones en una, pues bien, ya está hecho.

«El coronel M..... acaba de hacer una caricatura muy ingeniosa: en ella se representa el ejército francés comprometido en el paso de unas montañas, y los españoles agrupados en lo alto de las rocas diciendo: Pasen adelante, señores: *aquí se paga á la salida*.

«Los ingleses estaran en Portugal antes que el ejército francés haya tomado posiciones cerca del Ebro. Se deja formar una colosal opinión acerca de la guerra, y las agonías de la irresolución aumentan el mal.

«Decidme que esa inmensa tela de araña que se llama ejército francés no será desgarrada por los españoles á la manera de Bailen. Suponed que ese estúpido Fernando no se deja embarcar en Cádiz, como lo que es, como un fardo. ¿Quién os habrá dicho que la entrada en Madrid, no hará bajar los fondos mas de

(1) Dejamos aquí consignado este nombre, porque habiendo salido del ministerio sin haber aumentado su patrimonio, después de haber manejado tantos millones, puede servir de tipo de los hombres de la restauración, ó de los que principiaron á figurar en ella.

LVI.

Cartas diplomáticas.

Las cartas que siguen á continuación son casi todas nuestras, y no hemos mezclado entre ellas otras de reyes, ministros, generales y embajadores, mas que para formar el eslabonado, instruir al lector acerca de lo que se pensaba de Francia en los diversos pueblos y en las diversas córtes y aclarar algunas cláusulas de nuestras mismas cartas. Curioso será para los aficionados á la historia el ver lo que escribían en una época memorable todos los hombres que se ocupaban de los asuntos de Europa. En las pocas cartas que insertamos de las que se nos dirigieron, hemos suprimido todo lo que tenía una intimidad directa con tal ó cual personaje. Así es como en la hermosa colección de cartas de M. de la Ferronais hemos suprimido todo lo que las injustas prevenciones hacían decir al emperador Alejandro acerca de la administración de M. de Villele, de quien no podía ser buen juez.

Esta correspondencia se abre casi por las cartas de M. Canning que anteriormente hemos tenido ocasión de alabar y admirar. La imaginación domina en esas inspiraciones del talento y de una rivalidad demasiado honrosa para nosotros. Aquella brillante imaginación se expresaba con un arrebató y una facilidad prodigiosa. El ministro británico procuraba atraernos á un terreno sobre el cual rehusábamos el combate; aparentaba ignorar la cuestión francesa; se echaba sobre la guerra de sucesión, de la cual no le decíamos una palabra; nos hablaba mal de Fernando, de quien no formábamos juicio mucho mas desfavorablemente que él, como ya hemos tenido ocasión de darlo á entender en los documentos del congreso de Verona; nos indicaba para amedrentarnos la astucia del gabinete de Viena, recordando á la España su grandeza en tiempo de la dominación austriaca; malicia de Gentz que no se nos había ocultado. Dos veces reproduce la memoria de la revolución de 1688, esperando como buen inglés que España la imitará: supone que, si el gobierno español, de cuyos excesos nos quejábamos, nos echaba en cara los nuestros, nos veríamos muy turbados.

No me era posible entrar en controversia acerca de estos diferentes puntos, porque no se trataba de todo esto, y porque, por otra parte, no podía descubrir á lord Canning el fondo de mi pensamiento relativamente á la guerra de España, en cuanto á la necesidad en que estábamos de aprovechar la ocasión de unir la península á la Francia, de la que nunca debía hallarse separada. Así, pues, en nuestra correspondencia, M. Canning es el poeta y yo soy el hombre de negocios. Las cartas de M. Canning son largas, verbosas, atractivas y agradables, al paso que las mías son breves, secas, positivas y encaminadas á su objeto; el buen éxito es lo único que faltó á la elocuencia de mi ilustre amigo.

Cuando M. Canning, al impugnarme, me trata con una amistad y una consideración tan halagüeñas; cuando, en la otra extremidad de la escala, Cobbet cree que yo cumplía mi deber como francés; cuando algunos soberanos importantes, porque influyen en la suerte de los pueblos, se ven precisados á reconocer algún valor en mis trabajos; cuando, en sentido opuesto, MM. Benjamin Constant, Carrel y Beranger, me conceden ideas aplicables, me inclino á creer que no he sido del todo inútil á mi siglo. Pero estos impulsos de vanidad no son duraderos, y un momento después me avergüenzo de ellos (1).

(1) ¡Qué modestia tan admirable, la del autor!

dos francos? Pues tened entendido que eso estaba previsto por todos los que aseguran que desde aquel punto es cuando principian la guerra, vuestras dificultades, vuestras molestias, vuestros inmensos gastos, vuestra escasa fuerza, y vuestra imposibilidad de negociar.»

Otras cartas embarazaban tambien nuestros trabajos políticos, dándonos ocupaciones no tan cansadas, es cierto, pero no menos propensas á distraernos. Dirijíanse á nosotros por servicios que teníamos la fortuna de hacer ó de solicitar. Procurábamos demostrar á las personas cuya enemistad política nos era conocida, que la legitimidad despojada de pasiones, era buena, sincera y atenta.

Bajo este concepto M. Saint-Edme nos escribió una carta muy generosa en favor de M. Barginet; M. Coste nos daba claramente á entender que creía en nuestro sincero amor de la libertad de opiniones; dos poetas, los Sres. Lebrun y Arnault, se dignaron creer que nos interesaríamos en la prosperidad de sus hermosos trabajos poéticos, y en lo sucesivo pudieron conocer que no se habían engañado. Finalmente, tambien recibimos varias cartas de M. Benjamin Constant. Es muy consolador para nosotros el ver que unos hombres que al principio fueron adversarios nuestros, se hayan convertido en amigos: testigos los Sres. Benjamin Constant, Beranger y Carrel. En prueba de esto, daremos al fin de esta obra las cartas de esos ilustres contemporáneos: será un presente que haremos á su patria.

Así es como al través de los consejos, de los discursos de las cámaras, de los proyectos de ley, de las solicitudes, de las quejas, de las audiencias, de las visitas, de las comidas y de los bailes (tambien los dábamos), así es como contrariados de mil maneras, proseguimos nuestras operaciones de la guerra de España, pasando noches en el bufete, teniendo todavía tiempo para escribir nuestras *Memorias* y de ir en recuerdo de nuestra vida errante á buscar alguna imagen de esta vida: *Nebula per inane volantes*. No guardábamos ya contemplaciones con los asuntos: todos estaban embobados de verse tratar tan caballerescamente, y como al fin es preciso atender á todo, en medio de aquel caos pensamos en abrir negociaciones con los habitantes de Saint-Malo, á fin de que nos concedieran sepultura en aquella playa que presencié los juegos de nuestra niñez. Esta negociación duró mas que la guerra de España; el genio militar no cede fácilmente seis piés de arena; sin embargo, consentimos en que nuestra arcilla sirva de gavión á nuestra patria. Pocos ministros, pocos ministros triunfantes se han ocupado de su tumba: cada cual está bien, allí donde está.

Mas ya es tiempo de que ofrezcamos á la vista del lector las cartas concernientes á la guerra de España que contienen hasta la emancipación de Fernando; las transacciones cuyo análisis hemos hecho ya. El gabinete de un ministro va á abrirse á los ojos del público, estando aun en vida los que dirijieron los asuntos, y en presencia de una parte de los que los presenciaron. Los secretos de los hombres son tan sanos, esos hombres son tan pequeños, y esos reyes y esos reinos son tan poca cosa, que en verdad no merecen que uno se tome la pena de ocultar tantas miserias.

Cuando á fuerza de investigaciones se ha descubierto que tal suceso ha sido obra de la casualidad, de una criada, de un dependiente, ó de la conversación de dos personajes desconocidos hasta entonces; ¿qué es lo que se ha ganado con la *manifestación* de aquella *alta* verdad? Que los sucesos se verificaron de esta, ó de aquella manera, poco importa; los hombres pasan rápidamente; los sucesos de su transitoria vida se abisma en la larga y perdurable vida de la humanidad. Nada nos parece mas digno de risa que la importante tauturnidad de los misterios de Estado.

M. de Chateaubriand á M. Gentz.

Paris, 30 de diciembre de 1822.

Héme aquí ministro, caballero. El príncipe de Metternich os comunicará tal vez la carta en que tengo el honor de decirle todo detalladamente; ahora no me abandoneis, puesto que estoy en la brecha. Los obstáculos son grandes, así en lo interior como en lo exterior; y como debo luchar contra los hombres y contra las cosas, espero me ayudareis. Si me veo apoyado por los benévulos sentimientos de los gabinetes europeos, me rodearé de mas fuerza. Ya sabeis, caballero, que os he echado en cara á vosotras, potencias extranjeras, una injusticia demasiado larga respecto de los realistas. Unas veces me habeis tomado por un viejo barón del siglo XIII, otras por un innovador del siglo XIX, y esto me ha perjudicado. Dejarme ser realista constitucional, y no os asusteis de mi conducta ni de mi lenguaje. Conozco la Francia, y sé cuál es el único camino que debe tomarse para llegar á un orden de cosas que labrará la felicidad de mi país y la tranquilidad de Europa. Me habeis prometido vuestra amistad, reclámola, pues, y las pruebas de ella me serán especialmente preciosas en estos momentos. Conoceis todos los sentimientos de estimación y aprecio que os profeso.

CHATEAUBRIAND.

M. Canning á M. de Chateaubriand.

Ministerio de Negocios Extranjeros, 31 de diciembre de 1822.

Permitidme, mi querido vizconde, que os devuelva los cumplimientos de felicitación que me habeis enviado hace tan poco tiempo. ¡Ya sois tambien ministro de Negocios Extranjeros! Ya sabeis cuánto me complace la perspectiva de tener que tratar con vos aquí como embajador de Francia; juzgad, pues, cuánto mas dichoso me considero en las actuales circunstancias, que nos ponen frente á frente, en una situación á propósito para cooperar de una manera aun mas eficaz al bien y á la union de los sentimientos y los intereses de nuestros dos países.

Os ruego, mi querido vizconde, que hagais presentes mis recuerdos á M. de Villele; dadle mis expresiones y decidle cuánta parte tomo en su buena fortuna y cuánto me alegro de su decision; decision que en mi concepto ha salvado, no solo á la Francia, sino acaso á la Europa de una crisis que difícilmente se halla en el caso de sostener.

Queda por consolidar la obra de la paz que M. de Villele ha empezado bajo tan buenos auspicios. Contad conmigo para este objeto en todo lo que pueda seros útil, y creedme siempre, mi querido vizconde, animado de tanta amistad como estimación,

De Vucencia

El muy afectuoso,

JORGE CANNING.

P. D.

Esta es, mi querido vizconde, no la última vez que os escribiré (porque me propongo hacerlo, si me lo permitís, tantas veces cuantas me parezca que la marcha de los negocios lo reclama), sino la última vez que os escribiré en un idioma extranjero para mí.

M. de Chateaubriand á M. Canning.

Paris, 2 de enero de 1823.

Mucho me lisonjea, caballero, que hay algo casi igual en nuestros destinos, que debe contribuir á estrechar nuestros lazos, como amigos y como hombres de Estado; estoy persuadido de que nos entenderemos

en cuanto á la política práctica, como nos entendemos en la política teórica. Detestaís á los radicales en el mismo grado en que yo detesto á los jacobinos; y si la Francia y la Inglaterra se ponen de acuerdo para desalentar á unos y otros en todos los países, muy pronto habremos puesto un término á las alarmas del continente.

Solo me aflige, caballero, que el elevado puesto á que el rey acaba de llamarme, me obliga á abandonar el no menos honroso en que tenia el honor de veros. ¡Ojalá! caballero, la amistad que nos une sirva para mantener una reciproca benevolencia entre nuestros dos países. Esperando que el nombramiento de mi sucesor en Londres me permita dar gracias oficialmente al rey, vuestro amo, por las bondades de que se ha dignado hacerme objeto, os ruego pongais á sus piés mis profundos respetos y el tributo de mi viva gratitud. Conocidos os son, caballero, los sentimientos de aprecio, afecto y admiración que os he consagrado para mientras viva.

He suprimido en esta carta todo lo que la amistad suprime, esto es, los títulos y los cumplimientos: os pido, pues, que me trateis del mismo modo, y con este modo de conversar, podremos hablar familiarmente de los grandes negocios.

CHATEAUBRIAND.

M. de Marcellus á M. de Chateaubriand.

Londres, 10 de enero de 1823.

Señor vizconde:

Me he apresurado á dar á M. Canning las seguridades de que me habeis encargado en vuestra última carta; le he anunciado que deseais, como él, una correspondencia privada cuyos resultados debian ser ventajosos á la causa y á los principios que ambos defendeis, y he añadido que podia escribiros en inglés. M. Canning se ha apresurado á aceptar este proyecto de relaciones intimas, y ha acercado su existencia política con la vuestra, haciendo resaltar ingeniosamente la extraordinaria semejanza que hay entre una y otra, y ha deducido, que todo debía enlazarse estrechamente. «M. de Chateaubriand, añadió, ha subido tambien al ministerio contra la voluntad del rey?» Yo respondi, que habiendo vivido mucho tiempo lejos de la Francia, no podia conocer el interior de las Tullerías; pero que entre vos y él existía una semejanza mas, puesto que desde vuestra comun accesion al poder, los reyes de Francia y los de Inglaterra manifestaban hácia uno y otro un favor y una bondad mucho mas ostensibles.

«Debemos, pues, dijo M. Canning, sacar un gran partido de nuestra union en las actuales circunstancias; podemos obrar de acuerdo en Madrid, sin que parezca que nos entendemos, y siempre cada uno en la línea de nuestros respectivos intereses; espero que de este modo conseguiremos mantener la paz, y la felicidad del mundo será nuestra obra. Si M. de Chateaubriand aprueba este plan, dígame en sus cartas particulares lo que espera de nosotros, especificando al mismo tiempo lo que quiere por parte de los españoles, y yo le responderé expresando francamente mi pensamiento; reuniremos nuestras ideas y nuestros proyectos, y prepararemos nuestra accion en Madrid; para lograr el resultado apetecido, esta accion debe ser simultánea, pero separada.»

He expresado de antemano, señor vizconde, vuestro deseo de empezar estas intimas relaciones. Si me fuese permitido comunicaros tambien mi pensamiento, diria que creo podeis usar con fruto de estas relaciones directas, y de la alta estimación que veo en M. Canning por vuestro carácter. Estoy persuadido de que racionando en su posición, reconociendo lo que de él exige su nueva situación respecto del parlamen-

to y del convenio, y rechazando oficialmente, puesto que así es preciso hacerlo, el principio de la cuestion de España *enteramente francesa*, pero admitiendo confidencialmente algo de este principio que en el fondo nos es honroso, conseguireis el concurso leal y eficaz de M. Canning en Madrid.

Os hablo, señor vizconde, con la mayor franqueza entregando mis razones á vuestra aprobacion ó censura; nada suprimo de mis pensamientos cuando os escribo, y solo añado ahora la seguridad de mi solicitud sin límites en los nuevos deberes que podais imponerme como expresion de mi respetuoso afecto,

El vizconde de MARCELLUS.

M. Canning á M. de Chateaubriand.

Londres, enero 11 de 1823.

Habiéndose cruzado en el camino nuestras cartas, no me detendré á examinar á quien de los dos toca escribir primero; pero voy á probaros, mi querido Chateaubriand, que acepto el desafio que me habeis hecho entregar por M. de Marcellus; aprovecho, pues la condicion que habeis tenido la bondad de unir á vuestra correspondencia, escribiendo en la única lengua en que estoy seguro de expresar correctamente mis pensamientos; lengua que vos comprendeis tan bien como yo, y vuestro rey mejor que ninguno de los dos.

Si me pedís mi opinion, os la manifestaré, repitiendo las palabras de vuestro lord Falkland, en tiempo de Carlos I: ¡La paz, la paz, la paz! La guerra entre la Francia y la España no seria ciertamente en rigor una guerra civil; pero estaria tan próxima á este resultado, cuanto puede estarlo una guerra entre dos naciones, y presentaria tal vez un grado de semejanza con las guerras *plus quam civilia*, lo que podria ademas dividir entre si estas dos naciones aun cuando otras no siguiesen su ejemplo. ¿Me declaro partidario de la paz porque aborrezco menos que vos las revoluciones? Vos me haceis bastante honor para creer que participo de la invencible repugnancia con que vos las mirais, y por la misma razon de que los amantes de la revolucion en todos los países invocan la guerra, me muestro mas deseoso de evitarla. Esta clase de políticos posee una sagacidad maravillosa para descubrir lo que mejor puede secundar sus proyectos; y confieso que, en confirmación de mi fe en su instinto, llevo por el racionio á esta misma conclusion: que una guerra en estos momentos en Europa contra el principio revolucionario, conmoviera la monarquía francesa y sus aun no aseguradas instituciones, hasta sus cimientos. Lo que conmoviera de una manera tan temible vuestras instituciones, podria sin duda poner á prueba las nuestras; pero las nuestras están bastante arraigadas por el tiempo para poder resistir la prueba, y encerrándonos, como tendremos la prudencia bastante para hacerlo, en una estricta é imperturbable neutralidad, estad persuadido de ello, podríamos, dispuestos de esta manera, convertir vuestros disturbios en provecho nuestro; pero estad seguro de que no abrigamos semejante disposicion. Preferiremos indudablemente, preferiremos agotar nuestros esfuerzos en mantener la paz, en la cual creemos cifrada vuestra prosperidad.

La réplica á la respuesta del duque de Montmorency, relativamente á nuestro ofrecimiento de mediación, réplica que recibireis por conducto de M. de Marcellus por este correo, se ajusta á lo que en nuestro concepto es la política de M. de Villele. M. de Montmorency era de parecer de hacer de la cuestion de paz ó guerra una cuestion *altamente europea*. M. de Montmorency ha hecho de ella una cuestion para la misma Francia, y á nuestro modo de ver, tiene ra-

zon; y pone de esta manera todo el negocio en vuestras manos.

Nuestra nota admite este punto de vista, y espero que nada presentará en ella un objeto que pueda alarmarnos. Ya sabeis que debemos procurar que nuestro propio asunto aparezca claro.

Habreis oido hablar del viaje de lord Fitz Roy Sommerset á Madrid. Su mision es una mision de consejo y exhortacion, y espero será bien recibida. Si hubiese pasado por Paris como se lo he encargado sin ver á V. E. ó á M. de Villele, es porque *estaba seguro* de que su recepcion en Madrid seria cordial, en proporcion de la conviccion que se tuviese de que era *nuestro* comisionado y no el *vuestro*. Sir C. Stuart puede deciros, que desde que lord Sommerset ha partido, he tenido nuevas razones para convencerme de que estas son las disposiciones dominantes en Madrid, y que todos nuestros esfuerzos hubiesen quedado destruidos si se hubiese sabido que obráramos de acuerdo con la Francia.

Basta por ahora. Y per ahora, mi querido vizconde, adios.

J. CANNING.

M. de Chateaubriand á M. de la Garde.

Paris, domingo 12 de enero de 1823, á las once de la noche.

Lord Fitz Roy ha marchado ayer sin llevar este despacho. Hoy 12, un correo me ha traído vuestros despachos del 5 de enero, números 2 y 3, con tres documentos y dos cartas particulares á M. de Villele, una fechada el 5, y la otra el 6. He consultado al consejo, y por su acuerdo os invito, señor conde, á no diferir el hablar á M. de San Miguel de la violacion del territorio. Pondreis en su conocimiento el nuevo delito de que tenemos el derecho de quejarnos; le direis que no pedimos ninguna reparacion parcial, porque no se trata ya de un cambio de notas y de contentarnos con promesas sin resultado alguno. Direis que esta violacion del derecho de las naciones, prueba cada vez mas que nos es imposible permanecer por mas tiempo en nuestra actual posicion, y que solo un cambio notable en el orden de cosas en España, puede únicamente satisfacer lo que debemos á nuestra seguridad y á nuestro honor. Declarareis por último, señor conde, que si el cambio no es pronto y decisivo, el gobierno del rey se verá obligado á mandaros retirar y que esta orden puede llegaros de un momento á otro.

Asegúrase, que se han recibido aquí, en Paris, noticias de Madrid del 7, esto es, de fecha posterior á las que hemos recibido por vuestro conducto.

A lo que parece, resulta de estas noticias, que las notas de las cuatro córtes han sido entregadas á una comision de las córtes encargadas de examinarlas y de dar la contestacion. No os dejesis engañar, señor conde, por medidas dilatorias cuyo objeto no es otro que ganar tiempo sin llegar á resultado alguno. ¿Esta comision, si existe, presentará pronto su informe? ¿Accederá á cambios que puedan asegurar el reposo de la Francia y de Europa? Si se limita á decir que un dia podrá examinarse lo que la constitucion española pueda tener de defectuoso, ¿podemos darnos por satisfechos con esta contestacion? No, seguramente. Necesitamos una respuesta clara y terminante, porque es imposible abrir las cámaras sin decirles cuál es nuestra situación respecto de España, y si, en último resultado tendremos la paz ó la guerra. Desconfiad de la Inglaterra en todo esto; esta nacion no os secundará realmente sino cuando crea que la Francia á nadie teme. Mostraos firme contra W. A. Court y hacedle ver que estamos cansados ya de la inutilidad de nuestros sacrificios.

Vuestros colegas de Rusia, Austria y Prusia, tie-

nen órden de retirarse, sea cual fuere la deliberacion de las córtes, á no ser que ocurra un cambio positivo, y no debemos debilitar sus resoluciones. Dejadles, pues obrar conforme á las órdenes que han recibido. Adjunto hallareis un paquete de despachos de las tres córtes para vuestros colegas. Si hubiesen salido cuando este despacho llegue á vuestras manos, arrojareis al fuego este paquete. Haced todos vuestros preparativos de marcha, á fin de salir de Madrid inmediatamente á la primera órden que el rey me encargue remitiros.

CHATEAUBRIAND.

M. de la Garde á M. de Chateaubriand.

Madrid, 15 de enero de 1825.

Señor vizconde :

M. Jakson acaba de avisarme en este momento que á consecuencia de una nota pasada á media noche por M. San Miguel á M. A' Court, en demanda de los buenos oficios de Inglaterra entre la Francia y España, partia inmediatamente como correo.

El caballero A' Court me habia ya avisado que habia trabajado indirectamente para inducir al gobierno español á dar este paso, y es probable que la mencionada nota sea el resultado de la sesion secreta celebrada ayer por las córtes.

Me falta el tiempo necesario para procurarme datos mas circunstanciados, y no teniendo ni aun el indispensable para escribirlos, me veo limitado á trazar estas breves líneas á toda prisa, para no perder esta ocasion.

Ayer, antes de constituirse en sesion secreta, las córtes recibieron de M. San Miguel la declaracion de que el gobierno se ocupaba de la redaccion de un manifiesto en que expone á la Europa sus sentimientos y principios.

Suponiendo que esta circunstancia me ponga en el caso de pedir mis pasaportes, suplico á V. E. se sirva indicarme la línea de conducta que debo trazar á nuestros cónsules.

Tengo el honor de ser con un alta y respetuosa consideracion,

de V. E.

El muy humilde y muy obediente servidor,

LA GARDE.

M. de Chateaubriand á M. Canning.

Paris, 14 de enero de 1825.

Con verdadera satisfaccion, caballero y amigo, he recibido la primera carta de una correspondencia que me pone en relacion con un hombre como vos, y que tan útil puede ser á su pais. Para imitaros, entraré desde luego en materia, y empezaré diciéndoos que pienso absolutamente como vos en lo relativo á la cuestion de la paz ó la guerra, considerada en abstracto. Nadie duda de que la paz es una inmensa ventaja, y nadie duda ademas de que nosotros debemos hacer todos los sacrificios posibles para obtenerla.

Estoy, pues, en teoria completamente de acuerdo con vuestro parecer; pero, en mi concepto, la cuestion no es esta, ó no es ya esta. ¿Podemos, en las circunstancias en que estamos colocados, evitar un rompimiento con la España, si no ocurre en este pais algun cambio notable? ¿Podemos continuar por mas tiempo en esta política de incertidumbre en que he hallado los ánimos, cuando el rey me ha confiado la cartera de Negocios Extranjeros? ¿Podemos, en el violento estado de la opinion en Francia, abrir las cámaras, sin haber adoptado una resolucion? Hé aquí lo que era preciso examinar desde luego. Vos sabeis mejor que yo que los principios absolutos son poco

aplicables en política; en los negocios humanos hay necesidades, y sean cuales fuesen los esfuerzos de los hombres de Estado, no pueden salvar los límites de lo posible.

Decís que la guerra podria derrocar nuestras instituciones; esto es posible, ciertamente; pero hay dos maneras de sucumbir para un gobierno: la una son los reveses, la otra es la deshonra. Si la España revolucionaria puede jactarse de haber hecho temblar la Francia monárquica; si la escarapela blanca se retira ante los *descamisados*, el pueblo francés se acordará del poderío del Imperio y de los triunfos de la escarapela tricolor; calculad ahora cuál seria en tal caso para los Borbones el efecto de este acuerdo.

Pero la guerra si ha de estallar, lo que Dios no quiera, ¿seria tan peligrosa como al parecer creéis? Este pueblo es esencialmente militar, y el aumento de nuestra poblacion nos ofreceria, si necesario fuese, mas de un millon de los mejores soldados del continente; nuestra situacion económica es tan floreciente, que el presupuesto de este año va á demostrar que tenemos en el excedente de nuestros ingresos el medio de entrar en campaña, sin recurrir á nuevas contribuciones, y nos es permitido esperar un primer triunfo en España. Una victoria uniria para siempre el ejército al rey, y haria correr toda la Francia á las armas. Vos no podeis creer todo lo que puede hacerse entre nosotros con la palabra *honor*; el dia en que nos viésemos precisados á pisar sobre este gran resorto de la Francia, conmovieramos todavia el mundo, y nadie se aprovecharia impunemente de nuestros despojos y de nuestros infortunios.

Pero la paz vale seguramente mas que todo esto, y la paz está en vuestras manos. Si, sin seguir la marcha de las potencias occidentales, habeis creído de vuestro deber dirigiros al gobierno español con un lenguaje severo; si le habeis dicho confidencialmente: «No seremos vuestros enemigos, pero no seremos vuestros amigos; vuestro sistema político es industrioso, y alarma con razon la Europa, y sobre todo la Francia; cambiadle, ó no conteis con apoyo alguno, con ningun auxilio de armas ó dinero por parte de Inglaterra;» seguro estoy de que todo concluiria en un momento, y la Inglaterra tendria la gloria de haber conservado la paz á la Europa. ¿Contamos todavia con este medio de salvacion? Temo mucho que la crisis esté muy próxima, y que nos veamos encerrados en límites demasiado estrechos.

Ahora os diré, mi querido caballero, que he recibido con pena vuestra nota en contestacion á la respuesta de M. de Montmorency. En el primer momento me asaltó la idea de no responder por mí mismo á esa nota, para evitar nuevos motivos de disidencia; pero el consejo opinó de diferente modo; como en dicha nota se habla de los aliados y del congreso de Verona, y como mi predecesor ha comunicado á los embajadores de las córtes de Austria, Rusia y Prusia, la primera proposicion del duque de Wellington, me veo obligado á poner en su conocimiento el resultado. Estos papeles pueden llegar á adquirir un carácter parlamentario, y esto puede aumentar la frialdad que se manifiesta hoy en las relaciones diplomáticas; las recriminaciones particulares del gabinete de San James y el de las Tullerías, me parecen muy poco convenientes. Por lo demás, todo esto se perderá en los acontecimientos.

Sin embargo, me hubiera complacido mucho ver á lord Fitz Roy Sommerset á su paso por Paris, pues nos hubiéramos puesto de acuerdo relativamente al comun provecho. Si en Madrid hay animosidad contra mí, creed que no hay menos contra vos, porque la manera ruda con que acabais de obligar á que se os haga justicia, ha ofendido el orgullo español; creo, por lo tanto, que lo que mas nos conviene es ponernos de

acuerdo á fin de asegurar á la España una razonable libertad, arrancándola á la dominacion de los clubs, y á la anarquía revolucionaria.

CHATEAUBRIAND.

M. Gents á M. de Chateaubriand.

Señor vizconde :

El acontecimiento que forma el asunto de la carta con que V. E. me ha honrado, y que he recibido con la mas viva gratitud, es á mi entender, uno de los mas venturosos que las vicisitudes de buena y mala fortuna, al través de las cuales estamos condenados á buscar el camino de la salvacion, han traído desde hace mucho tiempo en Europa.

Yo lo consideraria como tal, señor vizconde, si para juzgarlo no tuviese otras nociones que las que me son comunes con todo el mundo; las de los principios y sentimientos que habeis grabado en escritos dignos de la inmortalidad, y seguros de alcanzarla hasta el punto en que á las obras humanas es permitido aspirar á ella. Pero habiendo tenido la inapreciable ventaja de haberos oído tratar de las cuestiones prácticas de la mas alta importancia, conocia ademas la aplicacion que haceis de esos nobles principios á los problemas que debemos resolver, y que no siempre son considerados bajo el mismo punto de vista por los hombres de Estado mas acordes entre sí, en lo concerniente á las bases fundamentales.

Puedo, pues, preciarme de poseer todos los elementos necesarios para formar una opinion exacta acerca del sistema que habrá de seguir el gobierno francés en una de las épocas mas decisivas para su porvenir.

La cuestion española, por grave que sea, no es, despues de todo, sino un punto aislado en la vasta carrera que os espera; pero un presentimiento á que me entrego como si fuese una inspiracion, me anuncia que bajo vuestros auspicios y los de M. de Villele, llegaremos (porque la Francia está con nosotros), á resultados que en medio de nuestra penosa lucha habíamos mirado muchas veces como muy superiores á nuestras esperanzas.

Mi opinion personal seria aquí de escaso valor; mas, puesto que de ella participa enteramente el príncipe de Metternich, me parece adquirir un gran peso. Nunca todavia este ilustrado ministro ha tenido en la suprema direccion de los negocios en Francia, la marcada confianza de que hoy le veo poseído, y seguramente que vuestro primer despacho á M. de Caraman era muy á propósito para justificar esta confianza.

Con verdadera satisfaccion he observado, señor vizconde, que en este documento habeis empleado muchas veces la frase *alianza continental*; nada me parece mas justo que sustituir esta frase (á lo menos en el lenguaje confidencial de los gabinetes) á tantas denominaciones vagas que en último resultado solo han servido para encubrir la nulidad de los compromisos á que se referian. Si el órden y la paz pueden restablecerse todavia con solidez en Europa, solo la union sincera y activa de las grandes potencias puede conducirnos á este resultado. Todo es verdadero, todo es real en esta asociacion, y á despecho de la diversidad de las formas, los intereses son comunes y recíprocas las necesidades. Con talentos de primer órden al frente de su gobierno, la Francia no puede consolidarse por una marcha aislada, y Dios la preservará de elegir en tiempo alguno aquella en la cual hallase á la Inglaterra; y por lo que respecto á nosotros, aunque tranquilos todavia bajo la égida de nuestras antiguas instituciones, ¿cómo podríamos contar mucho tiempo con la estabilidad de esta ventura, si la Francia no nos prestase por la sabiduría de

sus consejos y el triunfo de sus medidas, ese mismo apoyo moral que, por su parte, tiene el derecho de esperar de nosotros? Toda la acta me parece encerrada actualmente en estas sencillas verdades; el resto no vale la pena de que nos ocupemos de ello. Vuestra estancia en Verona debe haberos convencido, señor vizconde, de que así el Austria como la Rusia y la Prusia no saben ya lo que es correr en pos de proyectos secundarios, perderse sus miras de interés privado ó de ambicion vulgar, y que todo gira entre nosotros sobre miras de muy diferente carácter; y considero como uno de los mas preciosos resultados del último congreso, el que un hombre de vuestra autoridad, haya hallado en él una ocasion para hacer que al fin se nos tribute este testimonio en su pais.

Los escritores revolucionarios celebran con entusiasmo la disolucion de la gran alianza, y se expresan como si estuviéramos próximos á una desavenencia completa con las potencias que la habian formado. Es preciso hacerles comprender (¿y quién puede encargarse mejor de esta tarea que los buenos periódicos de Francia?) que se engañan ó engañan al público; que la oposicion manifestada por la Inglaterra en cuestiones sin duda muy importantes, no es, sin embargo, una actitud hostil contra los aliados, y que si la reunion de las potencias contra los progresos de la desorganizacion ha sufrido una pérdida real (lo que todavia es muy dudoso), por la negativa del gobierno inglés á tomar parte en ciertas medidas generales, esta pérdida se hallará mas que compensada por el afianzamiento del lazo entre las potencias continentales. Esta observacion bastaria para destruir las dos terceras partes de los sofismas y de las amenazas de M. Bignon.

No abusaré mas de los preciosos momentos de V. E., y nunca olvidaré la regla á que, respecto del particular, debo atenerme. Si, no obstante, se presentasen cuestiones particularmente interesantes, acerca de las cuales creyese de mi deber dirigirle algunas observaciones, me complazco en creer que serian benévolamente acogidas. Es supérfluo añadir que si en tales casos V. E. pudiese sacar algun partido de mi buena voluntad y de mi celo, me felicitaria infinitamente de ofrecérselos.

Tengo el honor de ser con todos los sentimientos de admiracion y respeto,

Señor vizconde,

Vuestro muy obediente y muy adicto servidor,

GENTZ.

Viena, 16 de enero de 1825.

M. de Chateaubriand, á M. de la Garde.

Paris, 18 de enero de 1825.

He recibido, señor conde, con fecha de 10 del corriente, el despacho (núm. 5), que me habeis hecho el honor de dirigirme. Haciendo justicia á los términos mesurados en que está escrita la nota, de M. de San Miguel á M. el duque de San Lorenzo, al consejo de ministros no ha podido, sin embargo, ocultarse que el gobierno español rechaza toda medida conciliadora. No solo este gobierno no da esperanza alguna de una mejora que nos compalciamos en esperar de los sentimientos que tanto tiempo han unido á los españoles y franceses en el amor á sus reyes y á una prudente libertad, sino que es preciso ademas que la Francia retire su ejército de observacion, y relice á los extranjeros que le han pedido un asilo.

La Francia está poco acostumbrada á oír semejante lenguaje; pero excusa la altanería que en él se advierte, atendiendo al estado de fermentacion en que actualmente se encuentra España.

Nunca renunciaremos al glorioso privilegio que he-